

EL HOMBRE QUE PROTEGÍA LA VIDA

(2° REYES 8.1–6)

DAVID ROPER

El relato de Eliseo y la sunamita presenta al profeta como el hombre que dio vida, como el hombre que volvió a dar vida y como el hombre que protegía la vida.¹ Lo vimos como el hombre que dio vida cuando su anfitriona fue bendecida con un bebé varón. Lo vimos como el hombre que volvió a dar vida cuando, por el poder de Dios, volvió al muchacho a la vida. En esta lección, lo veremos como el hombre que protegía la vida, pues Dios usó sus palabras y su influencia para conservar la vida de la mujer y su hijo.

No pierda de vista el hecho de que, en todos estos episodios, el verdadero dador de vida, el que volvió a dar vida y el protector de la vida, fue *el Señor*; Eliseo no fue más que su agente. Hoy, Dios es *todavía* la fuente de toda vida. Él es la fuente de la vida física: Pablo escribió que «él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas» (Hechos 17.25). Él es la fuente de vida espiritual: Jesús recalcó que Él vino para que nosotros «[tengamos] vida, y para que la [tengamos] en abundancia» (Juan 10.10). Al igual que la sunamita, hemos sido bendecidos una y otra vez por «el Dios viviente» (1^{era} Timoteo 4.10). Antes de poner punto final, preguntaré si usted ha aprovechado o no, todo lo que Dios ha provisto de Su gracia para usted.

LA PROTECCIÓN DE DIOS DURANTE LA HAMBRUNA (8.1–2)

Para esta lección, vamos a dar un salto hasta el capítulo 8 de 2° Reyes. Después que Eliseo hizo vivir al hijo de la sunamita, pasaron varios años. Es con casi total seguridad, que durante este tiempo, Eliseo y Giezi siguieron disfrutando de la hospitalidad de la mujer. También, durante estos

¹ Adaptado de Joseph L. Gardner, ed., *Who's Who in the Bible (Quién es quien en la Biblia)* (Pleasantville, N. Y.: Reader's Digest Association, 1994), 99.

años, es evidente que el esposo de la mujer murió.²

Al comienzo del relato, el profeta se encontraba nuevamente cara a cara con aquella hospitalaria sierva de Dios. Tal vez él se detuvo cuando iba hacia el monte Carmelo, o cuando venía de este. «Habló Eliseo a aquella mujer a cuyo hijo él había hecho vivir, diciendo: Levántate, vete tú y toda tu casa a vivir donde puedas; porque Jehová ha llamado el hambre,³ la cual vendrá sobre la tierra por siete años» (vers.º 1).

Note las palabras «Jehová ha llamado el hambre». El hambre era castigo divino. El primer mandamiento del pacto de Dios con Su pueblo fue: «No tendrás dioses ajenos delante de mí» (Éxodo 20.3), pero el reino del norte había desobedecido este mandamiento. El Señor había advertido, diciendo:

Y si [...] no me oyereis, yo volveré a castigaros siete veces más por vuestros pecados [...] haré vuestro cielo como hierro, y vuestra tierra como bronce [...] vuestra tierra no dará su producto, y los árboles de la tierra no darán su fruto (Levítico 26.18–20).

Dios usaba el hambre para castigar a Su pueblo (vea Hageo 1.9–11) y para llamarlos al arrepentimiento (vea 1° Reyes 8.35–40). Dios había enviado un hambre de tres años y medio en los tiempos de Elías (vea 1° Reyes 17.1; Santiago 5.17); ahora la enviaría por el doble de ese período de

² Si el esposo hubiera estado vivo, él mismo habría apelado delante del rey para hacer que le devolvieran su propiedad. En vista de que la apelación la hizo la mujer (2° Reyes 8.3, 5), es probable que el esposo de ella hubiera muerto. Podía haber muerto mientras la familia estuvo en Filistea, pero el hecho de que Eliseo habló solamente a la mujer en el versículo 1 y se refirió a la casa *de ella*, insinúan que el esposo estaba muerto antes que se trasladara a Filistea.

³ Es probable que esta sea la misma hambre que se menciona en 2° Reyes 4.38, un pasaje que abarcaremos en la siguiente lección.

tiempo: Esta hambre duraría siete años (compare con Génesis 41.27). Eliseo deseaba salvar a la mujer de la privación de la catástrofe venidera. Le dijo que se llevara a los de su casa a vivir a otro lugar, hasta que el hambre pasara (compare con Rut 1.1, 6).

Se suscita una objeción: «Si el castigo era para la nación, por causa de la idolatría, ¿por qué debía sobrevenir a la mujer? Ella no era culpable de idolatría». Si usted no ha aprendido esta lección, entonces debe aprenderla: Toda la humanidad está atada (vea Romanos 14.7), y lo que afecta a uno, afecta a otros. El pecado ha maldecido a este mundo (vea Génesis 2.17; Romanos 5.12), y todos sufren por causa de él: los inocentes juntamente con los culpables. Mi mente se me llena de ejemplos de esta verdad, incluyendo a los niños inocentes de Rumania que tienen el Sida porque fueron vacunados con jeringas no esterilizadas. Eliseo deseaba que la mujer escapara de algunas de las consecuencias de los pecados de la nación, así que la instó a salir de Israel.

Las instrucciones del profeta no habrían sido fáciles de obedecer para la sunamita. Ella disfrutaba la vida donde estaba, cerca de su familia y amigos (vea 2° Reyes 4.13). Además, es probable que en el momento en que Eliseo habló, no hubiera señales de hambre: La hierba todavía estaba verde, las plantas todavía florecían, y los campos todavía producían fruto. Trasladar toda una casa a otro país, habría sido un acto de fe. Anteriormente, a la mujer le había costado aceptar las palabras del profeta (2° Reyes 4.16, 28), pero ahora ella no dudaba. Ella «se levantó, e hizo como el varón de Dios le dijo» (2° Reyes 8.2a). La tragedia y sus secuelas habían fortalecido su fe. Los problemas pueden hacer lo mismo por usted (vea Romanos 5.3–4; Santiago 1.3).

Ella «se fue [...] con su familia, y vivió en tierra de los filisteos siete años» (2° Reyes 8.2b). Los filisteos habían sido a menudo enemigos del pueblo de Dios (vea 1° Samuel 4.10; 13.5); pero para el tiempo abarcado en este relato, Israel estaba en guerra con Siria (2° Reyes 5.2; 6.8, 24), no con Filistea. La «tierra de los filisteos» (Filistea) estaba sobre la costa. (Vea el mapa en la página 14.) El fértil llano filisteo tenía menos probabilidad que el interior montañoso de sufrir de hambre. También, los ciudadanos de esa área podían recibir provisiones del mar. Por lo tanto, allí fue donde la mujer eligió ir (2° Reyes 8.2c).

LA PROVISIÓN DE DIOS DURANTE EL MALTRATO (8.3–6)

«... Cuando habían pasado los siete años», después que pasó el hambre, «la mujer volvió de la tierra de los filisteos» (vers.º 3a). Cuando llegó a

Sunem, ella debió de haberse asustado. ¡Había otra familia viviendo en su casa! ¡Era otro el que estaba trabajando en los campos! Tal vez vecinos inescrupulosos o parientes políticos codiciosos habían tomado la propiedad. Puede que hubiera sido confiscada por el rey (vea 1° Reyes 21.15). Las viudas indefensas siempre han sido el blanco de tratos turbios (vea Isaías 10.2; Mateo 23.14).

Anteriormente, Eliseo había ofrecido a la mujer interceder por ella (2° Reyes 4.13), pero ella había rechazado la oferta. Ahora ella misma tendría que rogar delante del rey para tratar de lograr que le devolvieran su propiedad (8.3b). Según Donald Wiseman, «el rey constituía el tribunal de apelaciones para todos los asuntos relacionados con la tenencia de la tierra».⁴ Cuando la mujer se disponía a presentar su caso, es probable que ella estuviera nerviosa. Por regla general, la palabra de una mujer tenía poco peso en la política real.

Lo que la sunamita no sabía, era que Dios estaba preparando el camino para ella. Cuando ella estaba haciendo su entrada en los aposentos de palacio, «había el rey hablado con Giezi, criado del varón de Dios» (vers.º 4a). No sabemos por qué Giezi estaba allí. Tal vez Eliseo lo había enviado con un mensaje para el rey. Tal vez el rey, curioso por el ilustre profeta, había solicitado la presencia del criado de este.⁵ Cual fuera la razón, lo cierto es que Giezi se encontraba con el monarca, y el rey dijo: «Te ruego que me cuentes todas las maravillas que ha hecho Eliseo» (vers.º 4b).

No podemos saber con certeza quién era el rey. «Los siete años de hambre ocurrieron a mitad del reinado de Joram»,⁶ así que es probable que el rey de 2° Reyes fuera Joram. No obstante, es posible que fuera un rey posterior llamado Jehú.⁷ «En realidad no tiene que ver nada de cuál se trataba».⁸ El propósito de Dios en el pasaje no es hacer un desfile de reyes,

⁴ Donald J. Wiseman, *1 and 2 Kings: An Introduction and Commentary* (1° y 2° Reyes: Introducción y comentario), Tyndale Old Testament Commentaries (Downers Grove, Ill.: Inter-Varsity Press, 1993), 213.

⁵ Al considerar las tirantes relaciones que había entre Joram y Eliseo (vea 2° Reyes 3.13–14), si el rey deseaba saber acerca de Eliseo, lo más probable era que invitara al criado de este antes que al profeta en sí.

⁶ C. F. Keil y F. Delitzsch, “1 and 2 Kings” («1° y 2° Reyes»), *Commentary on the Old Testament* (Comentario del Antiguo Testamento), vol. 3, *1 and 2 Kings, 1 and 2 Chronicles, Ezra, Nehemiah, Esther* (1° y 2° Reyes, 1° y 2° Crónicas, Esdras, Nehemías, Ester) (Peabody, Mass.: Hendriksen Publishers, 1989), 333.

⁷ Wiseman, 213.

⁸ James Burton Coffman y Thelma B. Coffman, *Commentary on Second Kings* (Comentario de Segundo de Reyes), James Burton Coffman Commentaries, The Historical Books, vol. 6 (Abilene, Tex.: A.C.U. Press, 1992), 96.

sino mostrar cómo son recompensadas la fe y la obediencia.

Si el rey era Joram, entonces él ya sabía cómo Eliseo había salvado a su ejército en el desierto de Edom. No hay duda de que había oído rumores acerca de otras maravillas. Ahora pedía un relato completo. Es probable que a Giezi le halagara la atención y que le pidieran tal relato. Me lo imagino contando acerca de cómo Eliseo había hecho buenas las aguas malas, acerca de cómo el profeta había multiplicado el aceite e incluso acerca de cómo él participó en el castigo de jóvenes matones que se habían burlado de su cabeza calva. (Si el rey era calvo, es probable que hubiera disfrutado del último relato.) Por supuesto, el punto culminante de la narrativa, ¡era cómo Eliseo había resucitado un muchacho muerto! La resurrección de muertos no era un asunto de todos los días, ni siquiera entre los hacedores de maravillas. En el Antiguo Testamento solo hay tres relatos que tratan la resurrección de alguien (1° Reyes 17; 2° Reyes 4; 13), y dos de estos están relacionados con Eliseo.

Se encontraba Giezi en medio de esta emocionante narración, ¡cuando a la sala del trono entra nada menos que la mujer y el hijo de ella! (2° Reyes 8.5.) Esta no fue una coincidencia; era Dios haciendo que las cosas sucedieran de modo que el rey se impresionara con la presencia de la mujer y por consiguiente con la petición que ella le haría. A esto es lo que llamamos la *providencia* de Dios (Romanos 8.28): Cuando Dios provee a los Suyos por medio de las leyes naturales. ¡Qué maravillosos son los caminos de Dios!

A Giezi le sorprendió ver la mujer. Me lo imagino apuntando y diciendo con entusiasmo en su voz: «Rey señor mío, *esta* es la mujer, y este es su hijo, al cual Eliseo hizo vivir» (2° Reyes 8.5b; énfasis nuestro). Implícita en estas palabras está esta insinuación: «¡Pregúntele usted mismo!». El soberano preguntó a la mujer para confirmar el relato. Es probable que en el rostro de ella se dibujara una sonrisa cuando ponía su brazo sobre su amado hijo y volvía a contar un relato que salía de sus propios labios (vers.º 6a).

El rey se impresionó. «La viuda y el hijo de ella eran ejemplos vivientes de la provisión y la bendición del Señor para los que fueron obedientes a la palabra que el Señor habló por sus profetas».⁹ Es evidente que el monarca llegó a la conclusión

⁹ J. Robert Vannoy, notas sobre 2 Kings (2° Reyes), *The NIV Study Bible (La Biblia de estudio NIV)*, ed. Kenneth Barker (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1985), 536.

de que debía favorecer a una mujer que tenía estrechos lazos con un hombre que era depositario del poder de la vida y de la muerte. De hecho, el rey determinó hacer *más* de lo que ella pidió. Ella había pedido que se le devolviera la propiedad; él le devolvería también todas las ganancias que hubiera dado la propiedad.¹⁰ Nombró a «un oficial» en el caso de ella y le mandó, diciendo: «Hazle devolver todas las cosas que eran suyas, y todos los frutos de sus tierras desde el día que dejó el país hasta ahora» (vers.º 6b).

No hay duda de que cuando la mujer salió del palacio del rey, ella iba regocijándose. Se le había devuelto la propiedad gracias a su relación con Eliseo. Podemos estar seguros de que el profeta era ahora doblemente bienvenido en su casa, y de que él siguió pasando horas agradables allí, cada vez que pasaba por la aldea de ella. Debemos dejar en esta nota positiva este interesante relato sobre Eliseo y la sunamita.

CONCLUSIÓN

Al terminar esta lección, le recuerdo que *Dios* también es para *nosotros* el dador de vida, el que hace vivir y el que protege la vida. Podemos hacer aplicación de estos tres puntos a la vida corporal: Dios nos imparte vida física cuando nacemos (vea Génesis 2.7; Hechos 17.25). Él sustenta la vida física por medio de Sus bendiciones benevolentes (Mateo 5.45), y algún día él restaurará la vida corporal a los muertos (Juan 5.28–29). No obstante, deseo hacer aplicación especial a la vida espiritual:

- Dios es el dador de vida espiritual, pues Él es la fuente de esa vida (vea Juan 17.3). Por Su gracia, los que están muertos en pecado pueden llegar a estar vivos en Cristo (Efesios 2.5).
- Dios es el protector de la vida espiritual. Pablo escribió: «... porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día» (2ª Timoteo 1.12).
- Dios es el que hace vivir espiritualmente. Cuando nos arrepentimos de nuestros pecados y nos volvemos a Él, Él nos hace vivir el gozo de la salvación (vea Salmos 51.12).

Dios desea que usted tenga vida... pero ¿ha aprovechado usted Su generosa provisión?

¹⁰ En vista que fue un tiempo de siete años de hambre, suponemos que las ganancias eran insignificantes; pero, como alguien dijo: «Un poco es mejor que nada».

- ¿Ha sido bautizado usted «en Cristo» (Romanos 6.3; Gálatas 3.26–27) siendo un creyente arrepentido (Hechos 2.36–38) de modo que pueda tener nueva «vida eterna en Cristo» (Romanos 6.23)?
- ¿Anda usted con el Señor, «en vida nueva» (Romanos 6.4) de modo que Él puede limpiarle de sus pecados (1^{era} Juan 1.7) y fortalecerle día a día (Hebreos 13.5–6)?
- Si usted se ha desviado del camino de rectitud (vea Santiago 5.19–20), ¿ha vuelto

usted al Señor, estando arrepentido, habiendo hecho confesión de sus pecados y habiendo orado (Hechos 8.22; 1^{era} Juan 1.9) de modo que Él puede hacer vivir su alma (vea Gálatas 6.1; Salmos 80.3, 7, 19)?

¿Sabe usted lo que necesita hacer para aprovechar la vida que Dios tiene para usted? ¡Entonces no se demore en hacerlo! «... y al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado» (Santiago 4.17).

© Copyright 2006 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados